La seguridad es cosa personal: ninguna protección funciona sin vos



Piensen en una máquina con la guarda perfectamente instalada, un casco nuevo en el casillero y tres carteles de seguridad en la pared del sector. Todo está en su lugar. Ahora piensen en alguien que, por apuro, levanta la guarda «solo un minuto» para destrabar una pieza. En ese instante, ni el cartel, ni el casco, ni el programa de seguridad de la empresa están trabajando por esa persona. Entre la mano y la máquina queda una sola cosa: una decisión.

Hoy vamos a hablar de esa decisión. Porque **la seguridad puede estar en los equipos, en los procedimientos y en las paredes, pero solo funciona cuando está en cada uno de nosotros**.

Por qué la seguridad empieza en cada uno de nosotros

La empresa tiene obligaciones claras. La Ley 19.587 de Higiene y Seguridad en el Trabajo y el Decreto 351/79 establecen que el empleador debe proveer protecciones en las máquinas, elementos de protección personal, capacitación y procedimientos. Pero esa misma normativa también establece que el trabajador debe usar esos elementos, cumplir las normas y avisar cuando detecta un desvío. Es un trabajo en equipo en el que cada parte hace lo suyo. Una guarda retirada no protege, un casco colgado del gancho no frena un golpe y una charla que nadie escucha no cambia nada.

Por eso, **ninguna protección funciona si quien debe usarla decide no hacerlo**. Los equipos nos dan barreras, pero lo que las vuelve reales es el uso que hacemos de ellas. Y hay algo todavía más incómodo: cuando ocurre un accidente, no lo sufre el programa de seguridad ni el cartel de la pared. Lo sufre una persona con nombre y apellido, con una familia que la espera. La cobertura de la ART y las indemnizaciones pueden compensar económicamente, pero no devuelven una mano, una espalda sana ni los meses perdidos entre el hospital y la rehabilitación.

Esto lo entendemos muy bien cuando manejamos. El auto tiene frenos, cinturón y airbags, y aun así bajamos la velocidad cuando el tráfico es denso o la ruta está en mal estado. Si tenemos prioridad de paso en una esquina, igual miramos antes de cruzar, porque sabemos que el otro conductor puede no respetarla. Manejamos pensando en lo que podría salir mal. Esa misma actitud hace falta frente a una máquina: la guarda es como el freno, indispensable, pero es la última barrera y no una autorización para distraernos.

Cómo se construye un accidente y cuánto cuesta realmente

Nadie decide lastimarse. Sin embargo, **los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos**: una guarda levantada, unos anteojos apoyados sobre la frente, una mano que entra a limpiar o destrabar una sierra o un rodillo que todavía se está moviendo. Detrás de cada uno de esos gestos suele haber lo mismo: apuro, exceso de confianza y rutina. Hacemos la tarea cien veces sin problema y a la ciento uno ya no vemos el peligro. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.**

Otro error muy común es pensar «esto no es mi problema». Hay aceite derramado en el pasillo, un cable cruzado o una tapa de pozo mal colocada, y como no fuimos nosotros quienes lo dejamos así, seguimos de largo. Pero pasar de largo no es quedarse neutral: es dejar la trampa lista para el próximo. Ese próximo puede ser un compañero o puede ser uno mismo veinte minutos después. A esto se suma la actitud contraria, que es esperar que otro nos cuide. Confiamos en que el operador del autoelevador nos vio, en que el compañero del turno anterior ya revisó el equipo o en que alguien más va a avisar. Y mientras todos esperan, nadie actúa.

Pero el problema no termina allí. Un accidente deja fracturas, amputaciones, golpes en la cabeza o lesiones de espalda que a veces acompañan para siempre. También detiene el sector, obliga a investigar qué pasó y deja marcado a quien lo presenció. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro**, porque el tiempo que creemos ganar con un atajo se pierde multiplicado cuando algo sale mal.

Qué hacer en el día a día para hacer de la seguridad algo propio

Todo empieza antes de poner en marcha el equipo. Revisen que las guardas y los dispositivos de parada estén en su lugar y bien firmes. Si falta una protección o está dañada, no operen la máquina y avisen a su supervisor. Nunca anulen ni retiren una protección para ir más rápido. Y si hay que limpiar, ajustar o destrabar, el procedimiento correcto es detener la máquina, cortar la energía, bloquearla y etiquetarla según el procedimiento de la empresa, y confirmar que no queda movimiento ni energía acumulada antes de acercar las manos.

Tan importante como lo anterior es el equipo de protección personal. Usen el que corresponde a cada tarea, ajustado y en buen estado, y revisen su casco, sus anteojos y sus guantes antes de empezar. Si están rotos, rayados o vencidos, pidan su reemplazo. Y úsenlos siempre, no solo cuando pasa el supervisor, porque el golpe no avisa y no mira quién está cerca.

Ahora bien, cuidarse también es cuidar a los demás. Si ven un derrame, no lo ignoren. Si es una sustancia conocida y saben cómo limpiarla de forma segura, háganlo y señalicen la zona mientras tanto. Si no saben qué es, o la cantidad es importante, delimiten el sector y avisen enseguida para que lo atienda personal capacitado. No se trata de buscar culpables, sino de que nadie resbale.

Finalmente, presten atención a los carteles y a las reglas. Cada señal y cada norma existen porque alguna vez alguien se lastimó. Y cuando algo no está bien, detengan la tarea y hablen. Informar un casi accidente también es una forma de proteger a todo el equipo.

La decisión que nadie puede tomar por nosotros

Cada jornada tiene un momento en el que nadie nos está mirando: el segundo en que decidimos si usamos la guarda, si nos ponemos los anteojos o si frenamos para limpiar ese derrame. Ahí no hay cartel ni supervisor que alcance. Hay una persona eligiendo cómo quiere volver a su casa esa tarde.

Por eso la seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos. Consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura no la construye nadie desde afuera: la construimos nosotros, con lo que hacemos cuando el apuro aprieta y el atajo parece tentador.

Las guardas, los cascos y las reglas nos dan las herramientas. Usarlas es una decisión personal, y es la que marca la diferencia entre un día más de trabajo y un día que cambia una vida.